

ARTE EPISTOLAR Y RETÓRICA CULTURAL EN RUY GÓMEZ DE SILVA *

IVÁN MARTÍN CEREZO

Universidad Autónoma de Madrid

JUAN CARLOS GÓMEZ ALONSO

Universidad Autónoma de Madrid

La retórica, dedicada al arte de la persuasión del oyente mediante el uso de la palabra, es una de las herencias más importantes del mundo clásico y ha sido definida en el siglo xx como ciencia del texto y como ciencia del discurso humano que se ocupa de la construcción y pronunciación de discursos con la intencionalidad de influir persuasivamente en los oyentes. Tiene una doble función: de estudio de los discursos del pasado y, por otro lado, de la capacidad productiva de nuevos discursos basándose en la experiencia de aquellos. Es, por lo tanto, un importante legado clásico que después de estudiar los discursos del pasado propone nuevas formas, estructuras y materiales para la construcción del discurso futuro, atendiendo a cada tipo de oyente y en cada sociedad (J. J. Murphy 1981). Asimismo, ha desarrollado una capacidad preceptiva propia de su naturaleza y se ha ido adaptando progresivamente a cada época y evolucionando de acuerdo a las propias necesidades de las diferentes etapas históricas, aunque manteniendo vigente el tradicional sistema retórico.

En este sentido, la práctica epistolar, que emana del tradicional *ars dictaminis*, junto a los estudios y reflexiones que con carácter pedagógico-

* Este trabajo es resultado de la investigación realizada en el proyecto “META-PHORA” / Ref. FFI2014-53391-P, financiado por la Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación, dentro del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia, desde 2014 hasta diciembre de 2018.

gico y explicativo se desarrollaron posteriormente se pueden enmarcar hoy en este estudio general propuesto desde la retórica cultural, a través de la retórica comunicativa ya familiar, ya social, ya administrativa, siendo así parte integrante de lo que Tomás Albaladejo ha definido como *Rhetorica recepta* (Albaladejo 1998: 13; 2008), que es “la Retórica históricamente recibida e interpretada por las sucesivas generaciones a partir de su configuración y desarrollo grecolatinos”, una sistematización que podemos encontrar también en otras obras actuales y de la que tanto los tratados teóricos sobre el arte epistolar como las propias cartas forman parte.

Todo texto, y el arte epistolar en especial, incluye todos los componentes lingüísticos, semánticos y referenciales del sistema retórico. Los elementos sintácticos, semánticos (tanto intensionales como extensionales) llenan de contenido la constitución pragmática de cada carta o conjunto de cartas que tienen que ser analizados como una construcción de distintos signos, con sus propios códigos, como en la actualidad realiza la semiótica, y que podemos estudiar desde un análisis interdiscursivo (Albaladejo 2008b). La presencia en las cartas (ya sean literarias o no) de elementos estructurales lingüísticos tiene que ser forzosamente interpretada a la luz de la referencialidad semántica de los mismos y desde su natural carácter persuasivo. Por ello, el estudio epistolar practicado en las cartas y el de las obras preceptivas es uno de los objetivos de estudio propio de la retórica, como ciencia del discurso humano, y en especial de la retórica cultural (Albaladejo 1998b, 1998c y 1998-1999) como una de las modalidades de realizar los estudios de la cultura, junto con la antropología cultural, la semiótica cultural y los *cultural studies*, entre otros.

La retórica cultural que ha propuesto Tomás Albaladejo “ha sido concebida como una corriente en la investigación que se ocupa del papel funcional de la Retórica en la cultura y de sus elementos y rasgos culturales” (Albaladejo 2013, 1989 y 1993). El lenguaje, el arte de lenguaje, el texto, es considerado como construcción cultural concebida y realizada a partir del lenguaje natural; y el lenguaje artístico o literario, de acuerdo con la propuesta entre otros del semiólogo de la Escuela de Tartu, Yuri Lotman, es un sistema de modelización secundario. Por ello, tanto los productores como los receptores de este lenguaje lingüístico-artístico tienen conciencia activa del uso retórico del lenguaje dentro de un espacio especial en el que las leyes comu-

nicativas, culturales y lingüísticas se alejan de las de la comunicación estándar. Desde esta perspectiva, Tomás Albaladejo propone la retórica cultural como un instrumento eficaz para la explicación del arte de lenguaje ligado a la conciencia cultural de productores y receptores en un entorno comunicativo y cultural determinado y aquí consideramos que es una herramienta útil para el estudio del arte epistolar de Ruy Gómez de Silva.

Tenemos en cuenta que la retórica es parte de la cultura de su época; y que toda reflexión sobre la cultura tiene que prestar atención especial a la comunicación discursiva y a su estudio; pero, además, la cultura se inserta de lleno en el funcionamiento de los mecanismos de comunicación de cada tiempo; y serán precisamente esos mecanismos culturales y retóricos los que garantizan la eficacia de la comunicación humana, en la medida en que esta es llevada a cabo por productores y por receptores muy activos, que han de estar unidos por un código comunicativo y que han de ser conscientes especialmente del contexto y de la necesidad de la adecuación al mismo al ejercer su papel hermenéutico. Con ello manifestamos, de acuerdo con la propuesta del profesor Albaladejo, que retórica y cultura están unidas y no puede entenderse una sin la otra. Así pues, la cultura del Renacimiento tiene una función imprescindible en la retórica de esa época, tanto en lo que se refiere a los contenidos del discurso, a la presentación formal o estructural de los mismos y al carácter cultural de su construcción y, por tanto, a la consideración del propio discurso retórico como una construcción cultural, como también lo es la obra literaria o cualquier manifestación *poiética* de la pintura, la escultura, la música, etc., según se ha explicado en la semiótica de la cultura desarrollada en las décadas de 1960 y 1970 por Lotman y Uspenskij, dentro de la Escuela de Tartu, con vigencia hasta hoy. La retórica cultural tiene en la retórica un eje central explicable tanto desde el punto de vista histórico como por la capacidad de esta última para adaptarse a las otras necesidades comunicativas. La retórica ha sido capaz de proyectar un análisis construido sólidamente a lo largo de los siglos hasta abarcar y analizar la práctica totalidad de los discursos de carácter persuasivo. Siguiendo este planteamiento, pensamos que el arte epistolar llevado a cabo en el Renacimiento no se aparta del discurso cultural característico de la sociedad renacentista, que persigue atraer y enseñar al receptor. De esta manera, para cumplir con el objetivo de la retórica, que es persuadir

y convencer a los oyentes o receptores, hay que tener en cuenta que este discurso (lingüístico e icónico al mismo tiempo) se debe adaptar al perfil cultural del receptor y de su sociedad, y hay que tener presente también que tanto el hallazgo y organización de las ideas realizado en las operaciones retóricas *inventio* y *dispositio*, respetivamente, como la elaboración lingüística de los textos (desarrollado en la operación de *elocutio*), su exposición en público (*actio/pronuntiatio*) y hasta las técnicas de recordación o *memoria* han ido evolucionando junto a cada nueva cultura y a unas nuevas formas y técnicas de comunicación. Se mantiene la misma finalidad persuasiva propia de la actividad retórica y se busca el mismo ideal de utilidad, aunque ello sea ante una cultura que condiciona esas operaciones retóricas.

La retórica epistolar de los siglos XVI y XVII proviene sobre todo del *ars dictaminis* desarrollado durante la Edad Media por las necesidades de carácter administrativo de este período, donde los escribanos generaron, a través de sus escritos, lo que sería la base para el posterior desarrollo del arte epistolar como subgénero retórico, y posteriormente de las fuentes clásicas (Pérez Pascual 2013: 352). El *Breviarium de dictamine* y las *Flores Rhetorici* o *Dictaminum radii* de Alberico de Montecassino (siglo XI) son lo que podría considerarse como los primeros tratados de retórica epistolar de la Edad Media, donde se establecen las cinco partes de las que consta la carta: *salutatio*, *exordium* o *benevolentiae captatio*, *narratio*, *petitio* y *conclusio*; en las que ya se pueden ver adaptadas las cuatro partes del discurso que establecía la retórica clásica (*exordium*, *narratio*, *argumentatio* y *peroratio*), a la que se añade la *salutatio* al comienzo, lo que dio lugar a discusiones sobre si esta parte inicial de la epístola era o no una parte constitutiva de la misma (Martín Baños 2005: 147) y a la que junto con el *exordio* o *benevolentiae captatio* los tratados dedicarán un tratamiento mayor por considerarlas las partes más importantes (Murphy 1981: 225). Tal y como dice Judith Rice Henderson:

En esencia, el *ars dictaminis* aplicaba la retórica clásica a la redacción epistolar que, con la desaparición de las instituciones clásicas que había engendrado al orador, había llegado a ser la habilidad política de mayor demanda en la Edad Media. Imitando la estructura del discurso clásico, el *ars dictaminis* dividía la carta en partes, cinco por regla general [...]. La *salutatio* recibía la mayor atención en los manuales medievales que proporcionaban fórmulas para dirigirse cortésmente a todas las categorías je-

rárquicas de la sociedad feudal. De hecho, su división en partes o a veces su *salutatio* sola fueron consideradas las características definitorias de la carta, distinguiéndola de otras formas de *dictamen*. Las cartas también tenían su propio estilo, el *cursus*, una prosa rítmica desarrollada en la curia papal e incorporada a los manuales epistolares hacia 1180 (Rice Henderson 1999: 393-394).

De esta manera, el *exordio* como parte inicial del discurso retórico tradicional cuya función era la de conseguir la atención, docilidad y benevolencia del auditorio, en las *ars dictaminis* se dividió en estas dos partes: la *salutatio*, que buscará captar la atención del destinatario a través del saludo (y que incluso durante el período renacentista se normativizó el uso de fórmulas de tratamiento para cada profesión, estamento religioso o clase social), y el *exordium* o *captatio benevolentiae*, que buscará conseguir los otros dos objetivos introduciendo propiamente el discurso epistolar (Albaladejo 1993: 103; Murphy 1981: 225). La presentación del motivo de la carta se presentará en la *narratio*, que será simple o compleja en función de si se trata de un único asunto o de varios y en la que, tal y como se establece para los géneros retóricos, se tratarán hechos pasados, presentes o futuros. La *petitio* buscará exponer la solicitud de algo relativo al asunto o asuntos planteados por parte del autor de la carta y la *conclusio*, como parte final, que, al igual que la *peroratio* en el discurso retórico tradicional, buscará la atención a través de un breve resumen de los puntos más importantes de la carta y la docilidad y benevolencia insistiendo en los aspectos favorables o desfavorables de lo escrito (Albaladejo 1993: 104).

Dentro de los tratados medievales destacan los dos escritos por Godofredo de Vinsauf, *Summa de arte dictandi* (siglo XII) y *Documentum de modo et arte dictandi et versificandi* (siglo XIII). Será precisamente este último el que presente, de manera novedosa, la carta como un silogismo invertido en el que lo más general preceda a lo más particular, dando más importancia, por tanto, a la parte de la *inventio* sobre el de la *dispositio*, de tal manera que en el *exordio* se presenta un ejemplo o proverbio que sea pertinente para el tema que se va a tratar; en la *narratio* se exponen las circunstancias generales del caso concreto para demostrar la relevancia de lo expuesto en el *exordio*; y en la *petitio* y *conclusio* estaría la inferencia que sirve de apoyo al caso concreto (Albaladejo 1993: 104). Tal y como expone Pérez Pascual,

El renacimiento de la cultura clásica propiciado por los humanistas trae consigo también un renacer de la actividad epistolar privada o familiar, puesto que, además de otras circunstancias históricas, políticas o sociales, dentro del gusto humanístico por el diálogo, la carta se concibe, al modo en que la definió Poliziano, como un *ars altera dialogi*, es decir, como la mitad de una conversación (2013: 353-354).

Es en este sentido en el que la recuperación de conceptos más clasicistas afectará al arte epistolar renacentista, como es precisamente la concepción de la carta como una conversación entre personas ausentes que exponen tanto Erasmo de Róterdam en su *Opus conscribendi epistolis* (“epistola absentium amicorum quasi mutuus sermo”, 1522), como Juan Luis Vives en su *De conscribendi epistolis* (“epistola est sermo absentium per litteras”, 1534) y que sin duda procede de fuentes grecolatinas como Cicerón o Turpilio (Pérez Pascual 2013: 355). El tratado que predominará durante los siglos XVI y XVII será el *Opus conscribendi epistolis* de Erasmo de Róterdam, que expone ciertas alteraciones con respecto a las artes *dictaminis* medievales y algunos tratados humanistas. Erasmo igualmente concibe la carta como una conversación por escrito de carácter íntimo con una persona ausente, por lo que en cuanto al estilo que deba usarse en la misma recomienda que se adecue al asunto tratado e incluso que sea llano o coloquial cuando la ocasión lo requiera, dando mayor énfasis a que en la carta por su carácter conversacional se utilice el estilo humilde. Así, lo que promulgará será adecuar los preceptos retóricos tradicionales, incluida la estructuración, de manera flexible a la escritura de las cartas. De esta manera, la división tradicional de los tipos de cartas en familiares y de negocios exigirá un tono diferente e incluso una estructuración más o menos libre en función del tipo y del tema a tratar, es decir, mantener una adecuación entre el asunto de la carta y el estilo utilizado, dando constancia de la importancia del decoro en la construcción del texto epistolar. En este sentido, se dividirán los géneros epistolares tomando como referencia los géneros retóricos tradicionales y Erasmo añadirá dos géneros más, de tal manera que encontraremos la siguiente división, no sólo en él, sino también en tratados como los de Miguel de Salinas (*Retórica en lengua castellana*, 1541), Alfonso García Matamoros (*De ratione dicendi*, 1548) o Lorenzo Palmireno (*Aphtonii clarissimi rhetoris progymnasmata Ioanne Maria Cataneo interprete*, 1552): demostrativo (cartas jocosas, descriptivas, laudatorias o dedicatorias),

deliberativo (cartas amatorias, disuasorias y suasorias, conciliadoras), judicial (acusatorias o excusatorias), extraordinario (de agradecimiento o informativas) y disputatorias.

En cuanto a las cualidades elocutivas de la epístola encontramos que se siguen más o menos los principios retóricos clásicos de pureza (*puritas*), claridad (*perspicuitas*) y ornamentación (*ornatus*), evitando la ampulosidad en el texto a través de frases breves y adaptando el lenguaje al tema de la carta, manteniendo, por tanto, el decoro en la misma. En lo referente a los diferentes estilos, como ya hemos mencionado, para Erasmo debía privilegiarse el estilo humilde, aunque podía cambiarse al medio y sublime en determinados momentos, lo que no quita que, para otros tratadistas como Palmireno, el estilo deba ser elevado al considerar la carta como una conversación entre personas doctas (Pérez Pascual 2013: 357).

El arte de escribir cartas del siglo xvi se difundirá tanto en tratados en latín como en lengua vulgar y mostrarán las distintas tendencias que convivían y que luchan por dominar esta práctica durante el Renacimiento bien considerándola una práctica de estilo bien considerando que debe ser adecuada y regirse por el decoro tal y como establece Erasmo o bien considerando que debe ser sobre todo natural y espontánea como establece Juan Luis Vives. En los tratados en lengua vulgar se dará cierto paralelismo con lo que ocurre en los escritos en latín, y que encontramos en los tratados de Gaspar de Texada, Antonio de Torquemada y Juan de Yciar, que muestran planteamientos diversos en cuanto al estilo. Así, por ejemplo, el *Primer libro de cartas mensageras, en estilo cortesano* de Texada, publicado en 1547 y que no ha llegado a considerarse un tratado serio por la crítica hasta tiempo reciente (Navarro Gala 2010), defenderá un modo de escribir cartas en el que se mezcla la concepción erasmista con la vivesiana “relacionado con un determinado modelo lingüístico: el cortesano, reflejo de elegancia, exquisitez y cortesía” (Navarro Gala 2010: 118); el *Manual de escribientes* de Torquemada, publicado en 1552, abogará por una concepción de la carta de corte erasmista en la que se cuenta más con la retórica; y el *Nuevo estilo de escribir cartas mensageras sobre diversas materias* de Yciar, publicado en 1552, defenderá la espontaneidad y naturalidad, alejadas de esquematismos retóricos, expuestos por Vives. Estas cuestiones revelan la coexistencia de estilos diferentes que luchan por imponerse como modelo y que se reflejan en los diversos

tratados publicados sobre todo durante la segunda mitad del siglo XVI (Navarro Gala 2010: 136-137). Es, en lo que a este trabajo se refiere, muy interesante que Yciar escribiera su *Nuevo estilo* por sugerencia de Ruy Gómez de Silva, que es algo que dice en el *proemio* al mencionar que “vuestra merced fue la causa de animarme a esto”, y que sea al propio Ruy Gómez de Silva al que dedica el libro tal y como aparece en la portada del mismo (Mateo Ripoll 1999: 513), y también al que escribe una carta dedicatoria en el proemio del libro. Sin embargo, todo esto no parece que fuera por amistad, sino más bien, y como menciona Verónica Mateo Ripoll, por conseguir algún tipo de mecenazgo buscando “el prestigio y la protección del destinatario, bien con la concesión de algún empleo, bien con el pago total o parcial de la edición” (1999: 515).

La escritura de cartas como elemento de privilegio de clase provoca, de alguna manera, que en las bibliotecas nobiliarias se encuentren tratados epistolares. En este sentido, es muy interesante el trabajo de Trevor J. Dadson *Libros, lectores y lecturas* (1998), en el que, en su inventario de varias bibliotecas nobiliarias del Siglo de Oro, localiza en la de Diego de Silva y Mendoza (conde de Salinas e hijo de Ruy Gómez de Silva, príncipe de Éboli), compuesta por 157 volúmenes, el tratado de Juan de Yciar *Nuevo estilo de escribir cartas mensageras sobre diversas materias* (1552), escrito en lengua castellana y en el que se defiende un tipo de epístola independiente del arte retórica con la finalidad de buscar en la medida de lo posible la sencillez, tal y como postulaba Vives y que ya hemos comentado.

Sea cual sea el modelo a seguir, sí que parece clara la preocupación de la época por este tipo de textos, no solo en cuanto a su estilo, sino también a la estructura que debía seguirse en su elaboración, que de manera general sería la que se realiza en palabras de López Estrada:

un saludo inicial, seguido de un exordio para ganarse la buena disposición del destinatario, la exposición de los motivos para escribirla, y si conviene, la formulación de la petición o favor que se solicita; y ha de acabar con la despedida, adecuada al destinatario, y la mención del lugar y de la fecha de su redacción (2000: 31).

A través de esta manera, el arte epistolar dará cuenta o noticia a aquellos con los que por la ausencia u otra causa no se puede hablar, configurándose, así, como la mitad de un diálogo y donde estarán pre-

sentes: el que habla, aquello de lo que habla y aquel a quien habla. Al configurarse entonces como un discurso retórico en el que están presentes los tres componentes del mismo (Aristóteles 1999: 1358a36-1358b1) quien escribe la carta dará muestras de su carácter, del motivo que le lleva a hacerlo o de su relación con el destinatario y hará presente a través de la escritura de la misma una estructuración que puede relacionarse con el seguimiento o no de una determinada forma de componer; a su vez, el tema o temas tratados a través de la escritura epistolar refleja el estilo utilizado para componerla y sitúa la carta en un contexto determinado, evidenciando así una situación pragmática que tiene en cuenta la intención de quien habla para comunicar algo y a quien se dirige para hacerlo. De esta manera, y teniendo en cuenta la consideración de la carta como parte de una conversación, la carta puede verse como un discurso a través del cual se quiere influir de alguna manera en el destinatario, por lo que encontramos una finalidad persuasiva en su escritura que muestra la intención de quien la escribe al hacerlo y hace que se configure como un acto de habla donde podemos encontrar elementos locutivos, ilocutivos y perlocutivos. El acto de habla locutivo crea un significado y su función es meramente informativa y se refiere a la acción física de emitir el enunciado, lo que implica un componente fónico, un componente gramatical y un sentido. En cuanto a la manera en que aparecen reflejados en las cartas enviadas por el príncipe de Éboli del corpus que hemos recogido del Consejo y Juntas de Hacienda del Archivo General de Simancas (Cuartas 1978) y en The British Library, cuyos datos nos ha facilitado el profesor Trevor J. Dadson, podemos encontrar este acto en las cartas que (en copia) tenemos a nuestra disposición, como, por ejemplo, la fechada en julio de 1566 dirigida a Juan Escobedo en la que informa que “El señor Marqués de Pescara dexó en Madrid cuando se fue a Italia cierta tapicería y mandó que se llevase a embarcar a esta ciudad para que de ay se encaminase a Génova” (73-226). En esta carta no solo encontramos este elemento locutivo a través del cual se transmite la información, sino que también está presente el acto de habla ilocutivo, que es en el que aparece la intención del emisor al decir algo y que por el contexto o cotexto podemos inferir si lo comunicado hace referencia a una advertencia, un ruego, una orden, una promesa, etc., como se puede encontrar en la carta que envía también a Escobedo el 8 de octubre de 1562, en la que dice: “heme olgado que seais partido

a Napoles porque se acabe el negocio a que fuisteis que es lo que yo quería porque hasta haver acabado esta averiguación no puedo tratar de ninguna cosa” (46-85). No solo encontramos la actitud del hablante con respecto a lo que comunica, sino también una intención al hacerlo, como, en este caso, un mandato, que lo que busca es producir un efecto en el destinatario por el mensaje que se ha emitido, hecho que hace referencia al acto de habla perlocutivo. En este sentido, es claro lo que persigue Ruy Gómez de Silva cuando, en la carta que envía a Escobedo el 15 de noviembre de 1564, le dice que “y para esto suplicaréis al señor Andrés Ponces de mi parte” (46-86). Por ejemplo, en la carta que envía a Escobedo el 15 de septiembre de 1561 podemos encontrar estos elementos ya en la primera parte de la misma, en la que dice lo que sigue:

Escovedo, Por la carta de 14 de agosto que me escrevistes de milan, he entendido la diligencia que haveis hecho y lo que thomas de marin os ha respondido que me paresce es muy a propósito de lo que llevavades a cargo para que lo acabéis con toda brevedad y pues ya tiene nombrado al doctor que a de yr a entender en lo de la averiguacion sera bien que deis muy gran priesa a que se acabe y que procureis que las personas que fueren a hazerla sean de confianza y vos andareis sobre ellas hasta que la acaben procurando que no aya de por medio cosa que nos dañe (50-273).

Hay muestras de quien habla, de los ausentes, y de los temas tocados y no tocados en lo que se dice. Los elementos locutivos, ilocutivos y perlocutivos muestran la actitud de quien ha escrito la carta frente a lo escrito y permiten activar resortes de ficcionalidad al recrear el lector esta actitud en el texto y la imagen del emisor en su lectura (Guillén 1997). Es significativo ver cómo, en las cartas que hemos analizado, y que Ruy Gómez escribe a Juan de Escobedo, se puede observar un cambio en cuanto a su composición antes y después del año 1566, año en el que Escobedo pasa a ser nombrado por Felipe II secretario del Consejo de Hacienda de su Majestad. Con anterioridad a esta fecha encontramos que Ruy Gómez emplea siempre, en las cartas escritas por su mano o por la de un escribano o secretario, como forma de *saludatio* únicamente el vocativo “Escovedo” (a veces “Escobedo”), tal y como hemos transcrito en el ejemplo anterior y no hay ningún cierre de carta, salvo algún mandato que le dé y la fecha de escritura de la

misma antes de la firma, tal y como podemos observar en la siguiente, escrita en Aranjuez el 8 de enero de 1563 (50-263):

Escobedo, todavía me parece que es muy necesaria vuestra ayuda a la visita de la señora Marquesa de Alcañices y assimismo que hagais las otras diligencias sobre el caso que he platicado con Vos.

[...] Yo creo que teneis aun las cartas de creencia que hicistes para la Marquesa y para el Alcalde Mardones de las quales os servireis porque aunque la data sea vieja no va nada y si aquellas son rotas hareis otras de la misma sustancia y embiarmelas eis a firmar si acaso el Marques no quisiere aguardar a que vamos como esta dicho. Fecha en Aranjuez a 8 de enero de 1563.

Firma

Como decíamos, esta forma de composición cambia a partir de las cartas enviadas en 1566 donde, además del vocativo mencionado, habrá una *saludatio* claramente escrita como forma de cortesía en la que utilizará el tratamiento de “Señor” y un cierre en el que se utilizará la fórmula “Guarde Nuestro Señor Vuestra persona y prospere”, seguido de la fecha; y en párrafo aparte “A lo que servir mandaredes” más la firma. Sirva como ejemplo la que sigue:

Señor

Escovedo, Bernardino de Mier que esta os dara entiendo que ha sido empleado en algunas comisiones del consejo de hacienda, y que ha dado buena cuenta de todo lo que se os ha encomendado, y deseando agora ocuparse en lo mismo. Recibire contentamiento de que le hagais señor emplear en alguno de los negocios que ay se offreceran donde se pueda entretener conforme a su calidad que lo estimare en mucho, guarde Nuestro Señor Vuestra persona y prospere, De Pellejeros a V de septiembre 1566.

A lo que servir mandaredes

Firma

Como puede observarse en los ejemplos que hemos utilizado de cartas autógrafas de Ruy Gómez de Silva, en ellas encontramos la *oratio soluta*, que es la inserción sintáctica arbitraria y relajada, tal y como ocurre en el lenguaje hablado y en el estilo epistolar que reproduce el lenguaje cotidiano, de ahí que su correspondencia responda al principio de sencillez. De esta manera, podemos afirmar que el estilo que

encontramos en estas cartas sigue la teoría renacentista en la que se ha sustituido el *cursus* por el *numerus* y en donde “la *oratio soluta* es el estilo epistolar por excelencia, a no ser que la materia y el destinatario de la carta requieran una mayor elevación” (Martín Baños 2005: 603).

Todas las cartas analizadas tienen una polifonía restringida, como es característico de su género, al determinarse claramente el destinatario y lector de las mismas, en un contexto de comunicación bastante cerrado. Es habitual la referencia explícita a la misiva a la que se responde, teniendo en cuenta el tiempo que podía trascurrir entre la emisión de la carta y la lectura por su destinatario, pudiendo leerse en muchas ocasiones cartas emitidas con posterioridad por avatares de los viajes. Esa concreción restringe el destinatario y el objeto tratado en la carta, que como hemos visto es único. Esto unido a la sencillez expresiva genera una univocidad buscando la claridad y la interpretación más limitada por parte del destinatario de la carta.

Como señalamos, las cartas suelen tener en cuenta muchos de los elementos ausentes, como son otras cartas a las que se hace referencia en la carta que se escribe, o las alusiones a hechos sucedidos o información sobre amigos o familiares a los que se dirige; ello no supone polifonía, pues el emisor quiere concretar mucho su mensaje. Tal vez podamos enclavar estas situaciones en una especie de poliacroasis (Albaladejo 1998b, 2000 y 2009) bastante restringida, que tiene en cuenta la posibilidad de relectura y archivo de estas cartas por parte de los destinatarios y de las personas de su entorno o allí citadas.

En todo caso consideramos que las cartas de Ruy Gómez de Silva tienen algunos rasgos esenciales comunes en su época como son la concisión, la redundancia, la implicación del destinatario como conocedor de las personas y hechos narrados y la ponderación del mensaje de la carta, cualidades todas ellas que permiten confeccionar un específico acto de habla, condensado e intencionado, en el que se emplean recursos retóricos para cumplir la función persuasiva propia de este género epistolar.

Las cartas analizadas construyen el mensaje retórico y configuran una comunicación intencional del emisor (Ruy Gómez de Silva) que procura influir sobre el receptor (Escobedo en la mayoría de los casos), a través de ejemplos y de argumentos racionales y, menos veces, emocionales, estando ausentes los elementos estéticos al carecer de lenguaje figurado esos textos, que como buenos ejemplos retóricos

consisten fundamentalmente en ocuparse de causas particulares, en la mayor parte de los casos, y en causas sociales y políticas en general, como marco, sirviendo, por lo tanto, específicamente para un interés concreto en cada caso; y para conseguir esa eficacia necesaria basa sus mensajes en la brevedad, como sucede hoy con la publicidad, construyéndolos compactos, redundantes y fáciles de descodificar en comparación con otros géneros de discursos retóricos. El mensaje de cada carta se apoya en el lenguaje sencillo y claro, utilizando un sistema de comunicación sincrético integrado por signos conocidos por los destinatarios, con precisión en las materias, concretando lo que se ordena o manda, por lo que aumenta la capacidad comunicativa desarrollando todos los factores pragmáticos propios del discurso retórico con una finalidad persuasiva. Estas cartas representan un lenguaje bastante automatizado, con esquemas que se repiten continuamente en cada una de ellas, haciendo discursos concisos que se despliegan en la dimensión horizontal de la verbalización a base de la repetición, la similitud, la acumulación y el contraste en un punto determinado del mensaje, si tenemos en cuenta la relación establecida entre varias cartas.

En este tipo de cartas administrativas o personales, como las analizadas escritas por Ruy Gómez de Silva, interesa el aumento de la información real, la disminución de la densidad connotativa y la carga asociativa que se pueda generar tras su lectura, como sucede con el lenguaje estándar propio de la oralidad, sin crear una realidad ficticia por medio del lenguaje. Por ello en estas cartas no se dan apelaciones ni a lo emocional ni a lo instintivo, algo que sería contrario a una argumentación racional. Por el contrario, su estilo manifiesta una economía lingüística en aras de la eficacia comunicativa, basada en la información y en la racionalización de los contenidos, sin presentar ningún elemento de entretenimiento, ni de ficcionalización, algo que estaría en contra de la economía lingüística y de la claridad, dejando de lado cualquier tipo de ambigüedad. Como hemos señalado antes, en estas cartas de Ruy Gómez de Silva encontramos las cualidades elocutivas clásicas de la epístola que siguen los principios retóricos de pureza, claridad y ornamentación, evitando la ampulosidad en el texto a través de frases breves y adaptando el lenguaje al tema de cada carta (con habituales referencias a otras), a través de un estilo humilde, al estilo propuesto por Vives.

BIBLIOGRAFÍA

ALBALADEJO, Tomás (1989): *Retórica*. Madrid: Síntesis.

- (1998a): “Textualidad y comunicación: persistencia y renovación del sistema retórico (La *rhetorica recepta* como base de la retórica moderna)”, en Antonio Ruiz Castellanos, Antonia Viñez Sánchez y Juan Sáez Durán (coords.), *Retórica y texto. III Encuentro Interdisciplinar sobre Retórica, Texto y Comunicación*. Cádiz: Universidad de Cádiz, pp. 3-14.
 - (1998b): “Polyacroasis in Rhetorical Discourse”, en *The Canadian Journal of Rhetorical Studies / La Revue Canadienne d'Études Rhétoriques*, 9, pp. 155-167.
 - (1998c): “Retórica y cultura. A propósito de la oratoria política”, en Emilio del Río, José Antonio Caballero y Tomás Albaladejo (eds.), en *Quintiliano y la formación del orador político*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, pp. 11-26.
 - (1998-1999): “La poliacroasis como componente de la comunicación retórica”, en *Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 9-10, pp. 5-20.
 - (2000): “Polifonía y poliacroasis en la oratoria política. Propuestas para una retórica bajtiniana”, en Francisco Cortés Gabaudan, Gregorio Hinojo Andrés y Antonio López Eire (eds.), *Retórica, Política e Ideología. Desde la Antigüedad hasta nuestros días*. Salamanca: LOGO, Vol. III (Ponencias), pp. 11-21.
 - (2008): “Textualidad y comunicación: persistencia y renovación del sistema retórico. (La *rhetorica recepta* como base de la retórica moderna)”, en *Rhêtorikê. Revista Digital de Retórica*, 0, pp. 1-19.
 - (2008b): “Poética, Literatura Comparada y análisis interdiscursivo”, en *Acta Poetica*, 29, 2, pp. 245-275.
 - (2009): “La poliacroasis en la representación literaria: un componente de la Retórica cultural”, en *Castilla. Revista de Literatura*, 0, pp. 1-26.
 - (2013): “Retórica cultural, lenguaje retórico y lenguaje literario”, en *Tonos. Revista de Estudios Filológicos*, 25, disponible en <https://www.um.es/tonosdigital/znum25/secciones/estudios-03-retorica_cultural.htm> (última consulta: 25 de octubre de 2015).
- ARISTÓTELES (1999): *Retórica*, introducción, traducción y notas de Quintín Racionero. Madrid: Gredos.
- CUARTAS, Margarita (1978): “Correspondencia del príncipe de Éboli en la sección Consejo y Juntas de Hacienda, de Simancas”, en *Cuadernos de Investigación Histórica*, 2, pp. 201-214.

- GUILLÉN, Claudio (1997): “El pacto epistolar: las cartas como ficciones”, en *Revista de Occidente*, 197, pp. 76-97.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco (2000): “La epístola entre la teoría y la práctica de la comunicación”, en Begoña López Bueno (ed.), *La epístola. V Encuentro Internacional sobre Poesía del Siglo de Oro*. Sevilla: Universidad de Sevilla, pp. 27-60.
- MARTÍN BAÑOS, Pedro (2005): *El arte epistolar en el Renacimiento europeo, 1400-1600*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- MATEO RIPOLL, Verónica (1999): “Juan de Iciar y su *Nuevo estilo de escribir cartas mensajeras*. Análisis y estructura de un modelo epistolar”, en *Felipe II y su tiempo. Actas de la V reunión científica de la Asociación Española de Historia Moderna*, vol. I, pp. 507-517.
- MURPHY, James J. (1981): *Rhetoric in the Middle Ages. A History of Rhetorical Theory from St. Augustine to the Renaissance*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- NAVARRO GALA, M. Josefa (2010): “Debate e interacción doctrinal en las artes epistolares castellanas de mediados del xvi”, en *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 28, pp. 117-140.
- PÉREZ PASCUAL, Ángel (2013): *La fuente que mana oro. Introducción a la Poética y la Retórica de los siglos xvi y xvii en España*. Guadalajara: Editorial A. Pérez.
- RICE HENDERSON, Judith (1999): “Erasmus y el arte epistolar”, en James J. Murphy (ed.), *La elocuencia en el Renacimiento. Estudios sobre la teoría y la práctica de la retórica renacentista*. Madrid: Visor, pp. 391-419.